

MENSAJE DE GRATITUD A LOS DESCAMISADOS

AUNQUE la esperaba, aunque mi fe en el pueblo y en su conciencia social y su entusiasta adhesión al Líder me habían anticipado lo que sería la reacción popular al conocer el complot infame, la realidad superó a la expectativa. Otra vez, como en aquel Octubre, grabado para siempre en la historia de la Nación y siempre palpitante en el corazón de los descamisados, las columnas del trabajo y de la producción dejaron la periferia en su peregrinar hacia el centro. Otra vez fueron los hombres y las mujeres trabajadores los que formaban aquel ejército del civismo y de la pasión nacional, desbordando momentáneamente de sus cauces creadores, para ir a la plaza de nuestra reafirmación nacional y social a proclamar a los vientos de la Patria su unidad y su pasión por el Líder. Otra vez fueron los pañuelos blancos, que agitaban manos laboriosas, lo que cubrió, como manto de heroicas renovaciones, todo el derredor de la columna de Mayo. Y otra vez el grito de "¡Peron, Perón!" confundió en un solo anhelo a un pueblo combativo a su líder; a una obra de gobierno y a los beneficiados por ella; a un patriota intransigente, enamorado de la felicidad popular y al objeto de sus desvelos. Como en aquel Octubre de nuestra liberación, al recuperar al Coronel de los descamisados, guía seguro e insobornable de la grandeza nacional. La realidad, repito, superó a la expectativa. Por segunda vez en estos tres años, que significan más para el pueblo argentino y para sus más sentidas reivindicaciones y derechos que todos los años silenciosos y estériles que les precedieron en el siglo, el camino que proclama sin pausa el Líder, "de casa al trabajo y del trabajo a casa", vió torcerse enardecidas a las columnas de la producción. Las fábricas se vaciaron, los enormes talleres suburbanos, desde los que se fundamenta nuestro porvenir, pararon sus máquinas. Las casas humildes, solas, parecían sin alma. Todos los descamisados se habían vuelto a citar, tácitamente, en la plaza de las conmemoraciones. Y ya allí, como en aquel Octubre heroico y popular, exigieron la presencia y la palabra del Líder cuya sangre y cuya vida, a través de un miserable puñado de dólares, habían comprado a un grupo de asesinos, que no sabría clasificar, los criminales enguantados.

Yo quiero decirles hoy, desde aquí, a mis hermanos descamisados, lo que fué esa emoción. Una emoción nueva que, aunque hija legítima de aquellas apenas distante y perdurable, tenía un nuevo sabor en la conciencia de los descamisados y en mi emoción de fragmento de esa mole enorme, sensitiva y laboriosa que forma la vanguardia incontestada de la nacionalidad. Nueva, porque no era la hermandad de la esperanza la que hacía de gigantesco factor organizador y sentimental. Era la conciencia de lo realizado y la seguridad en lo que falta por realizar, el motor que empujaba a aquella inmensa masa humana hacia la proximidad de su conductor, amenazado aquí dentro por los enemigos del pueblo y por la escoria social, y desde fuera por los enemigos jurados de la paz y de la libre y fecunda cooperación entre todos los pueblos del mundo. Era la conciencia del camino transcurrido en el diálogo, siempre renovado, del pueblo y su conductor lo que atraía a la masa. Era la seguridad de que las conquistas logradas abrían nuevas perspectivas a una más perfecta justicia social, a una más íntima convivencia nacional, a una mayor cooperación con las naciones hermanas o distantes, en bien de los derechos y de la vida del pueblo, en bien de la tranquilidad interior y en bien de la paz entre todos los hombres. Fué, lo repito, para mí como un nuevo Octubre, pero un Octubre enriquecido por la experiencia de estos dos años de labor colectiva, en los que el Líder realizó las esperanzas populares y las esperanzas populares cristalizaron sobre la acción del Líder en apasionada lealtad. Digno el mandatario del pueblo que lo supo elegir, digno el pueblo del mandatario que se dió. Porque ambos se abrasan en la misma llama de su pasión por la justicia y por la nacionalidad.

*

Y junto con mi emoción y con mi gratitud hacia el pueblo por su identificación con el Líder, sentí en mis nervios y en mi corazón la emoción popular. Me resulta inconcebible cómo pueden persistir, por empecinados o torpes, gentes que se llaman argentinos, que se creen argentinos y que sueñan con mantenerse como argentinos, viviendo sus pobres vidas vacías y amargas al margen del inmenso crisol de generosidades y de esperanzas que es el corazón de un pueblo cuando se siente interpretado y defendido por sus gobernantes. Yo te vi, mujer laboriosa, envuelta en la dignidad del delantal del taller, alzar tus ojos juveniles hacia el Líder para decirle sin palabras lo que las minorías, que se dicen cultas y que son deshumanizadas, no han aprendido aún a pensar. Yo te vi, descamisado de todos los Octubres que haya menester, ofrecer la vida para salvaguardar la del que dió la suya en totalidad a la causa de tu liberación económica, de la miseria y de la injusticia social; a la causa de tu dignificación

cívica, a la causa de la recuperación nacional y a la causa del progreso, del bien y de la salud de los argentinos.

*

Te vi verdaderamente, palpablemente, — ¡oh, gran frente nacional por la justicia y por la paz, por la soberanía y por la fraternidad, por las mujeres, por los niños y por los ancianos, que llenan de dignidad, de alegría jubilosa y de severidad la majestad de nuestros hogares! — tal como lo soñé, con una mayoría de brazos trabajadores en la vanguardia y arrastrando con su ejemplo y con su virtud social a todas las demás capas de la población hacia los objetivos comunes y afines de la mayoría nacional.

Estabas allí fuerte, decidido, resuelto. Como en los grandes días de nuestra gesta de ayer y de nuestras luchas de hoy. Soldado por la adhesión y la conciencia de la justicia de nuestra causa, como una gran coraza en derredor del Líder. Una coraza contra la que se estrelló la antipatria de ayer y contra la que se estrellarán los asesinos asalariados y sus mandantes de hoy, para grandeza de la Patria y felicidad de sus descamisados, descamisados míos y del general. El porvenir es nuestro.